

EL BELLO JAPÓN Y YO

GUILLERMO QUARTUCCI

El descubrimiento de Japón

ES UN IDILIO que se inicia hace dieciocho años mi relación con el CEAA, exactamente en septiembre de 1976, dos días antes de que el presidente Echeverría viniera a inaugurar el nuevo edificio de El Colegio en el Camino al Ajusco, cuando todavía el Pedregal de Santa Teresa era un lugar apartado de la ciudad al que resultaba toda una aventura llegar desde San Ángel si no se tenía coche, como era mi caso. Como los idilios que se precien de tal, mi relación con el CEAA es una relación que ha tenido, y seguirá teniendo, altibajos: momentos de gran amor —muchos—, momentos de indiferencia mutua, momentos —pocos, afortunadamente— de fastidio, producto, por lo general, estos últimos, de un semestre agotador o de obligaciones impostergables que uno quisiera obviar pero no puede. Dieciocho años que constituyen casi las dos terceras partes de la vida del CEAA, lo que, visto en perspectiva, me convierten objetivamente en un protagonista nada desdeñable de su historia, en una parte inseparable de ésta, aunque mañana tuviéramos que decirnos adiós por esos imponderables del destino que rigen la vida de los individuos, contra los que resulta en vano luchar.

Sin embargo, el ingrediente fundamental para que mi idilio con el CEAA naciera, creciera y prosperara lo puso un acontecimiento básico en mi vida, del que todavía se alimenta mi entusiasmo por aprender y mejorar en la medida de mis posibilidades: el primer viaje que hice a Japón, en marzo de 1975 —antes de venir a México desde Argentina—, cuando tuve oportunidad de contemplar con ojos de asombro —ingenuos, si se quiere— un país que escapaba a todos los parámetros de comparación, donde la tradición y la modernidad coexistían sin conflicto, y donde las manifestaciones de una cultura

exquisita de raíces no europeas eran evidentes hasta en los actos más sencillos de la vida cotidiana.

Proveniendo, como provenía yo, de una familia argentina de inmigrantes —que constituía el fundamento de una clase media con los ojos permanentemente puestos en Europa, a espaldas de la realidad de su propio país y del resto de Latinoamérica—, con una formación universitaria en Letras que entonces significaba mucha teoría y un desarrollo desproporcionado de los métodos frente a la riqueza infinita de los textos, y desconociendo absolutamente la realidad de Asia, el haberme puesto en contacto con Japón significó de alguna manera romper con un círculo vicioso que iba debilitando paulatinamente el entusiasmo de los primeros años de trabajo intelectual y que me estaba conduciendo a una especie de parálisis de la que no sabía cómo escapar. Esa primera impresión de Japón fue tan fuerte que, aún hoy, con todas las modificaciones que implican cuatro viajes posteriores, ya como especialista de su literatura e historia cultural y con un dominio relativamente bueno de su complicado idioma, no ha podido borrarse. Si bien muchos descubrimientos fastidiosos —con el fastidio que implica la excesiva familiaridad con una cultura— a veces tiendan a enturbiar aquella primera y deslumbrante imagen de *mi* Japón, el que descubrí un poco por casualidad atraído por el ofrecimiento de convivir durante unas semanas con una familia de Tokio.

Fue Japón, entonces, el que me motivó a buscar nuevos rumbos intelectuales: antes que nada, si quería convertirme en especialista de su literatura, que me fascinó desde que alguien en Japón en aquel primer viaje me introdujo al mundo de Kawabata y Mishima, lo lógico era ponerme a estudiar su idioma. Curiosamente en la convulsionada Argentina de 1975, y con una comunidad de origen japonés importante, encontrar un curso serio de la lengua que posibilitara el acceso directo a la literatura de Japón, sin recurrir al subterfugio de las escasísimas traducciones, era poco menos que imposible; además de impensable: salvo honrosas excepciones que descubrí más tarde, ¿a quién se le podía ocurrir estudiar japonés?

El descubrimiento de México

No obstante, perseveré en mi empeño y fue así como casi por milagro (el segundo en el mismo año de 1975, (el primero había sido, obviamente, el descubrimiento de Japón unos meses antes) surgió El Colegio y su programa de maestría en Estudios de Asia y África del Norte con la especialidad en Japón, que era la que me interesaba. No dudé un instante en escribir solicitando información y a vuelta de correo recibí las formas de solicitud que me permitirían, de cumplir con los requisitos, ingresar como estudiante regular en septiembre de 1976, es decir, unos meses más tarde del agonizante 1975 (y ésta no es metáfora en la Argentina de entonces). Aunque no he vuelto a verla, recuerdo que en la carta de motivos por los cuales deseaba ingresar a la maestría hablaba de mi reciente experiencia en Japón, supongo que con tanto entusiasmo, que a los que evaluaron mi expediente —no tan malo, por otra parte— no les quedó más alternativa que aceptarme y fue así como en septiembre de 1976 llegué a México.

Mi llegada a México fue otro hecho fundamental en mi vida, porque al aterrizar en un avión de Panam en el aeropuerto Benito Juárez y sentir la fuerza y vitalidad del país comprendí inmediatamente que iba a enamorarme, como en efecto sucedió; por lo cual me vi irremediabilmente condenado a compartir desde entonces el amor que había despertado Japón en mí con este otro país latinoamericano al que había llegado sólo como transición hacia aquél, porque mi proyecto era irme a vivir a Japón. Argentina, con los sentimientos contradictorios que generalmente provoca el país natal cuando se comprende que es imposible cambiar el rumbo nefasto que toma su historia, iba a quedar relegada en mis afectos durante mucho tiempo. Si bien los años han tendido un manto de ecuanimidad que han suavizado el conflicto, ahora puedo decir que soy hombre de tres países: México, por ser donde vivo y donde trabajo en la especialidad en que generosamente me formó; Japón, por ser el objeto inagotable de mi curiosidad intelectual y un refugio periódico a la necesidad de sumergirme en su cultura; y Argentina, por tratarse del lugar donde nací y donde desarrollé la primera etapa de mi vida profesional.

De estudiante a profesor

Aun recuerdo claramente mi primer día en El Colegio cuando Manuel Ruiz, entonces director del CEAA, y el desaparecido Óscar Montes, coordinador académico, me recibieron muy amablemente en las oficinas del Centro y me ofrecieron todo su apoyo para los tres años que íbamos a pasar juntos. También conocí ese día a algunos de los que iban a ser mis compañeros de generación, la mayoría de los cuales no llegaron hasta el final de la maestría: si mal no recuerdo, en el primer semestre éramos alrededor de cuarenta, de los cuales sólo cinco logramos terminar. En el área de Japón empezamos ocho y yo fui el único que sobrevivió a los seis semestres y que logró escribir la tesis. De los cinco que terminamos, sólo con dos del área de Medio Oriente me he mantenido hasta ahora en contacto: mi gran amiga Gioconda Espina, de Venezuela, y Jaime Gil, de Colombia. Lamentablemente la tercera, Diana Galak, argentina ella, falleció hace unos años; y del cuarto, un mexicano extravagante hasta cuyo nombre he olvidado, no he sabido nada más. De modo que fue la nuestra una generación poco numerosa.

Sin embargo, los recuerdos y las anécdotas, como siempre sucede en la vida de los estudiantes, son muchos; la mayoría interesantes sólo para quien los ha vivido, aunque hay algo que quisiera rescatar de esa época: las caminatas en grupo después de la comida en la cafetería de El Colegio y cuando no había clase de inglés, por una desierta carretera al Ajusco, entonces muy estrecha, por la que apenas circulaban los coches, lo que muestra cuánto ha cambiado el rumbo en estas casi dos décadas. También recuerdo las pláticas de quienes habían tenido la experiencia allí, acerca de las bondades del todavía fresco en la memoria edificio de Guanajuato 125, que supuestamente favorecía la camaradería, a diferencia del nuevo del Ajusco, que tendía a separar a la gente. Yo los oía no sin cierta envidia, como generalmente sucede ante las referencias míticas a un pasado que uno no ha vivido, aunque para mí, personalmente, Colegio fue y será siempre sinónimo de Ajusco.

De mi experiencia primero como estudiante y luego como profesor en el CEAA puedo decir que la diferencia fundamental

radica en que como estudiante no tenía pleno acceso a los plenos de profesores, y que debía, junto con mis compañeros, conjeturar acerca de los motivos que habían llevado a tomar una decisión que modificaba el destino (léase expulsión) de alguno de nosotros. Esto sucedía generalmente al finalizar los semestres, que se constituían en fechas cargadas de tensión para quienes estaban en la cuerda floja, pero que también se transmitía a los que no dudaban de su propio buen desempeño. Lo que ignoraba es que también los profesores viven días de tensión al finalizar los semestres, porque se ven obligados a tomar decisiones que a veces van en contra de su aprecio personal por algún estudiante que no ha sabido responder a las expectativas y esfuerzos invertidos en él.

Debo decir que la transición de estudiante a profesor afortunadamente no fue inmediata, pues de los cuatro años que duró uno lo pasé en Japón (mi segundo viaje, ya como especialista), uno como becario de investigación en el propio Centro y dos como asistente de redacción de *Estudios de Asia y África*, años en que aprendí mucho sobre cuestiones del funcionamiento interno del CEEA y que me permitieron integrarme a mi nuevo estatus naturalmente y sin fricciones. Eso sí: ahora podría participar en las juntas de profesores.

Algunos nombres significativos

De mis años de estudiante en el área de Japón conservo la memoria de casi todos los que contribuyeron a mi formación: en primer término, mi profesor de japonés durante los dos primeros semestres, Fujita Masanobu, tan entusiasta en su papel de maestro, que a regañadientes nos daba un descanso de diez minutos en una clase de cuatro horas diarias, de nueve de la mañana a una de la tarde, y que a veces se prolongaba más allá de la hora, haciendo que llegáramos tarde a la clase de inglés. Aquí estaba Ruth Christensen, profesora del Anglo, danesa de nacimiento pero enamorada de México, excelente maestra y amiga, de quien no he vuelto a saber nada desde que se fue a vivir a Guadalajara.

Las clases de japonés de Fujita, con toda la pesada carga

que significaban cuatro horas de clase y algunas más de tareas diarias eran, sin embargo, apasionantes y divertidas, y me sirvieron para darme cuenta, muy pronto, que el japonés requiere de un enorme esfuerzo y dedicación si de verdad se pretende llegar a más o menos dominarlo, para no hablar de manejarlo con total soltura, lo que significa una vida entera de trabajo. En orden cronológico, recuerdo también el curso de historia de Japón, a cargo de Michiko Tanaka y Jon Halliday, excelente introducción al Japón medieval y moderno; y un seminario de literatura impartido por Óscar Montes, que fue mi primera introducción formal al mundo que se iba a constituir en mi especialidad. Asimismo, el seminario de traducción en el quinto semestre lo hice con Okura Miwako, con quien más tarde trabajé en la parte gramatical del manual de japonés que se editó en el CEAA, del cual es autora junto con Yoshie Awaishara, varios meses de trabajo muy fructífero donde aprendí nuevas cosas sobre el japonés que me fueron muy útiles.

Como dato curioso, un seminario metodológico que llevábamos un tercio de los estudiantes del Centro estaba a cargo de Manuel Camacho Solís, profesor del Centro de Estudios Internacionales del propio Colmex, de quien nadie se imaginaría que años más tarde tendría un papel clave en la compleja trama política de México durante el sexenio de Salinas, incluso hasta llegar a sonar como su sucesor. Diana Galak, con su habitual desparpajo, lo trataba de "vos", al uso argentino, y cada vez que le hacía alguna pregunta comenzaba con "Che Manuel" (a él, que era tan formal), como si se tratara de alguien a quien conociera de toda la vida. No obstante, fue la única de todos nosotros que tuvo un diez en el examen final, lo que vino a poner en duda el consejo que recibíamos constantemente los extranjeros acerca de la importancia de respetar las jerarquías en México. Otro seminario metodológico sobre crítica literaria lo dictaba Noé Jitrik, profesor argentino entonces radicado en México que también se dedicó a la política al regresar a su país, hasta llegar a constituirse en candidato a diputado por una coalición de izquierda en fechas muy recientes. En este caso ignoro cuál haya sido su suerte.

Los momentos culminantes de mis estudios estuvieron relacionados con la presencia en el CEAA de dos eminentes

intelectuales japoneses que llegaron como profesores visitantes en los años académicos 1977-1978 y 1978-1979: Yamaguchi Masao y Takabatake Michitoshi, ambos de gran prestigio en Japón. Antropólogo cultural el primero y politólogo el segundo, sentaron en mí las bases de mi primera aproximación académica en profundidad a la cultura y sociedad de Japón, bases que hasta hace poco se mantenían firmes, de no ser que las sociedades (en este caso, Japón) y los individuos (en este caso, yo) son fenómenos dinámicos a los que irremediamente les llega la hora de cambiar si no quieren quedar rezagados. Japón ha cambiado mucho en estos años, lo que inevitablemente ha llevado a un cambio en la perspectiva del observador atento.

Yamaguchi y Takabatake era la primera vez que visitaban América Latina, de modo que estaban ávidos, como todo intelectual curioso, de enterarse de lo que sucedía aquí. De tal manera que yo, como estudiante prácticamente único, al acabar las clases o en otros momentos que pasábamos juntos fuera de El Colegio trataba, en mi rudimentario japonés o en inglés cuando las cosas se complicaban, de resumirles lo más importante del periódico o de hablarles de temas que a ellos les interesaban. Años más tarde, aunque ya había dejado de ser estudiante, repetí esta experiencia tan típicamente japonesa de relacionarse profesor y alumno, en un espíritu que trasciende el ámbito de la institución, con otros dos profesores visitantes del CEAA: Kikuchi Masanori y Nakaoka Tetsuro. Al primero le traducía partes de unos libros en español —ignoro cómo habían llegado a sus manos— que trataban del exilio de Trotsky en México, especialmente del papel que había desempeñado Siqueiros en un atentado contra su vida. En el prólogo del libro que Kikuchi escribió sobre el tema me cita entre sus colaboradores. Nakaoka vivía en el Pedregal del Lago y siempre venía a pie, observando todo cuanto acontecía en el Periférico y los alrededores del Colmex; sobre lo cual más tarde me hacía preguntas, material que le sirvió para un capítulo de un libro que escribió sobre México, capítulo que yo traduje al español para un número de *Estudios de Asia y África*.

No quisiera dejar de referirme al par de años que pasé como asistente de redacción de *Estudios de Asia y África*, experiencia enriquecedora que me permitió relacionarme mucho

más de cerca con los temas de las otras áreas del CEAA, porque por mis manos pasaba todo lo que iba a publicarse (revista y libros), material que debía leer cuidadosamente y corregir en su redacción cuando fuera necesario, tarea árida y complicada que no tiene el reconocimiento que se merece. Mariela Alvarez heredó mi puesto, que conserva hasta el día de hoy por esos azares del destino; le tocó ser mi colaboradora al pasar yo a dirigir la revista.

Profesor-investigador

Además de poder asistir a las juntas de profesores, el ser nombrado profesor-investigador significó tener que dar clases y enfrentar al grupo desde la posición opuesta de cuando era estudiante. A los estudiantes les suelo decir al comienzo de la maestría, para animarlos: "Ahí donde están ustedes estaba yo hace algunos años." Aunque enseñar no era nuevo para mí, puesto que antes de venir a México había trabajado siete años como profesor de literatura en educación secundaria y universitaria en Argentina, el tratarse ahora de japonés y literatura japonesa no dejó de tenerme nervioso durante algún tiempo, pero superada esta etapa empecé a disfrutar de mi nuevo papel y de la posibilidad de transmitir conocimientos que había ido acumulando en los últimos años.

También mi nuevo estatus me permitió tener acceso a mejores condiciones para estudiar en Japón, sobre todo el apoyo de la Fundación Japón, que es algo así como el ángel tutelar de todos los que nos dedicamos a estudiar a ese país, los "japónólogos", como algunos presuntuosamente gustan llamarse. En 1980 había viajado como estudiante-investigador aprovechando un convenio que existía entre la Universidad de Tsukuba y El Colegio, experiencia medianamente interesante porque esta universidad está situada lejos de todo, lo que la hacía poco estimulante para quienes estamos acostumbrados a alternar el estudio con la vida cultural de la ciudad. Tsukuba estaba entonces totalmente aislada en la parte norte de la llanura de Kantó, a más de dos horas del centro de Tokio.

Gracias a la Fundación Japón conocí mejores oportunidades de estudio: en 1984-1986, en el Centro de Estudios

de Asia y África de la Universidad de Lenguas Extranjeras de Tokio, y en 1994-1995 en el Departamento de Literatura Comparada de la Universidad de Tokio, en el campus de Komaba. En 1991 estuve haciendo un entrenamiento intensivo para maestros de japonés en el Centro Internacional de Japonés que tiene la Fundación, en Kita-Urawa, en las afueras de Tokio, donde tuve oportunidad de conocer a colegas de todo el mundo, con quienes compartí dos meses de trabajo muy intenso y un viaje inolvidable a la región del Mar Interior de Japón.

Todas estas experiencias, a lo largo de casi veinte años, fueron enriqueciendo mucho más que todas las lecturas juntas mi conocimiento de Japón. Descubrí también que la fórmula ideal para evitar el estancamiento es trabajar en México y viajar a Japón periódicamente para actualizar las percepciones y profundizar lo aprendido. Cada una de mis estancias en Japón ha sido diferente y si bien la imagen básica que tengo del país no ha variado fundamentalmente de la admiración del primer viaje, con los años he ido afinando los conceptos y, por ejemplo, no estoy tan seguro ya de que Japón sea un país “único”, como los propios japoneses y algunos especialistas extranjeros interesados en seguirles el juego suelen mistificar. Más bien creo que los largos siglos de aislamiento que sufrió Japón hizo que sus intelectuales, los que hacen de puente entre un pueblo y las demás naciones, perdieran la posibilidad de conocer otras culturas y se encerraran narcisísticamente en el estudio de su propia tradición, como si no tuviera paralelo con ninguna otra. De ahí surgió la noción —a mi entender errónea— de que un extranjero no puede conocer Japón porque carece del “espíritu de Yamato”, expresión que define a lo japonés en contraste con el resto del mundo. Sin embargo, Japón no es Marte, por lo que su gente comparte las emociones básicas con el resto de la humanidad, y si bien la expresión que ha tomado esa emoción es bastante complicada (en literatura, por ejemplo, el terreno más delicado es la cuestión de la singularidad), no deja de estar al alcance de cualquier estudio que posea una formación amplia y encuentre los elementos que permitan traducir esa supuesta singularidad en una universalidad. Reconocer esto acabaría con muchos malentendidos

por el lado japonés y por el lado de los extranjeros estudiosos de Japón. Creo que como profesor y como investigador mi tarea es dejar clara esta idea, aunque por otra parte siempre diga que para llegar a entender a Japón no basta una vida consagrada al estudio, porque la barrera del idioma no es algo que se pueda superar fácilmente.

La ventaja de estar en México

Si bien es cierto que si sólo se observa a Japón desde una perspectiva eurocentrista, su supuesta singularidad resulta más obvia, también es cierto que al pertenecer a un área cultural diferente como es Latinoamérica, y México en particular, por la enorme riqueza del mestizaje cultural, las posibilidades de encontrar traducción de lo japonés a los fenómenos culturales locales se amplían. Lo que no deja de ser una ventaja aun cuando las condiciones materiales de trabajo no se comparen con las del Primer Mundo.

Por ello, creo que es de fundamental importancia que existan instituciones como el CEAA, que colaboren para disipar malentendidos creados por el eurocentrismo de tantas disciplinas. En el CEAA aprendí a relativizar fenómenos culturales considerados únicos, abandonando prejuicios en mi formación que me impedían ver más claramente las cosas, ya no sólo en lo que se refiere a Japón, sino a otras áreas culturales del mundo distintas de Occidente: China, India, Medio Oriente, África subsahariana. Siempre guardaré en mi memoria un coloquio sobre Estado y sociedad en África que se hizo en Oaxtepec, coordinado por Anyang Nyongo, al que asistieron los especialistas africanos más importantes del momento (creo que fue en 1982). Allí me di cuenta de que las barreras culturales son ficciones creadas por naciones e individuos que tendrían mucho que perder si se acabara con ellas. Incluso un país altamente desarrollado como Japón conserva en su seno elementos de la sociedad premoderna que lo siguen emparentando con áreas culturales diferentes de Europa. Que podamos estudiarlo entonces desde una de estas áreas es un enorme privilegio.

Tokio, septiembre de 1994.